

madre), en la incipiente Transición. Casi como zombis letrados, los Panero se convirtieron pronto en blanco propiciatorio: el negativo de la foto de cierta obscena memoria intrahistórica. En sus observaciones sobre el documental de Chávarri, proseguía el primogénito: "Fue el primer *reality show* de las pantallas españolas. A la gente le importan un carajo la poesía y los poetas; y, si suscitó la curiosidad, fue solo por la chismorrería. Lo único que ha interesado de esa cinta es que tres hermanos y la madre nos ponemos todos a parir". Lo que parecía ser una atmósfera de canibalismo familiar tornaría, finalmente, en autofagia: cada miembro devorándose a sí mismo, víctima del estereotipo de su propia leyenda intransferible.

Michi, que en *El desencanto* parecía aún el contrapunto encantado, el más ufano y vitalista, vivió sus últimos años enfermo terminal y en una pobreza extrema. Según su testimonio, le cortaban la luz por

falta de pago y, al caer de la cama, no tenía quien lo recogiera. De ahí que se trasladara a la casa familiar de Astorga, donde falleció en la máxima soledad, hasta ser descubierto por la auxiliar de ayuda a domicilio muchas horas más tarde.

Desmembración familiar

El detonante de la desmembración familiar fue —explicaba— el fallecimiento de la madre, cuyo funeral, celebrado en la máxima intimidad desolada, solo pudo ser sufragado gracias a una amante rica de entonces. "Y ahora nos vamos todos a comernos unos chipirones", ha contado que pronunció Leopoldo María a pie de crematorio.

Durante su convalecencia terminal, Michi ponía así el dedo en la llaga de la saga: "Una especie de mano negra envuelve a la familia, una maldición: mis padres tuvieron un mal morir; mi hermano Juan Luis tiene cáncer debajo de la lengua, yo también tengo cáncer en la boca; mi hermano Leopoldo

está como una rosa, pero como una rosa después de 80 cárceles y 80 psiquiátricos". (Como una rosa enferma, cabría agregar a título póstumo).

Su testimonio sobre el padre "ausente" (cuando murió él apenas contaba 10 años de edad) coincidía con la visión de sus hermanos mayores. Leopoldo Panero, hombre de derechas y autor de una elocuente poesía existencial y religiosa, no alcanzó a saber que sus dos hijos mayores también escribirían versos. "Siempre quiso tenerme lejos", expresaba, cáustico, Juan Luis, quien por edad pudo conocerlo mejor. "Yo no había cumplido 20 años cuando falleció. Estoy seguro de que si hubiese conocido luego mi poesía, volvería a la tumba, pero si leyera la de Leopoldo [María], se enterraría del todo...".

Los tres hermanos solían admitir que la poesía de su padre no era santa de sus devociones. "Si edité su obra completa fue por dinero; su poesía no es mi clima, como lo son Cernuda o Eliot", declaraba Juan Luis. "Del 36, solo me interesan Luis Rosales y 10 poemas de mi padre", llegó a cuantificar Leopoldo María. "Claudio Rodríguez me retiró el saludo por rebatirle su opinión de que mi padre fuese un poeta genial", revelaba Michi.

Genes de locura

Según la aportación del benjamín, que era, sin duda, el más elocuente y afable de los tres hermanos, la madre mimaba con mucha culpa a Leopoldo María, porque creía que le había transmitido los genes de una hermana loca. Y el padre se quedaba perplejo, sin saber muy bien cómo reaccionar con él, "pues, cuando le reñía, Leopoldo María igual se tiraba tres días en silencio, sin comer ni llorar ni decir nada...".

A pesar de su perpetua reclusión en psiquiátricos y a sus recurrentes salidas de madre, siempre se ha desconfiado de la autenticidad de la locura del último de la saga, que era más bien, como se ha dicho de él, "un perchero vacío cargado de lucidez". Como ha señalado Félix de Azúa (uno de los Nueve novísimos, de la nómina de Josep María Castellet, en la que Panero era el benjamín), "Leopoldo María es el único poeta de verdad que queda en España; los demás somos todos funcionarios. Por eso lo tienen encerrado".

Es significativo no solo que acapare la mayor parte de los monográficos (el más reciente y definitivo, la biografía *El contorno del abismo, vida y leyenda de Leopoldo María Panero*, de J. Benito Fernández), sino que, incluso, en los tratados colectivos sobre la saga —como *Después de tantos desencantos. Vida y obra poéticas de los Panero*, de Federico Utrera— se suela pivotar sobre el autor de *Me amarás cuando esté muerto*.

En su último soplo de vida, en el libro póstumo *Rosa enferma*, escribió: "Tengo amigos que me envenenan sistemáticamente y dicen que me quieren".

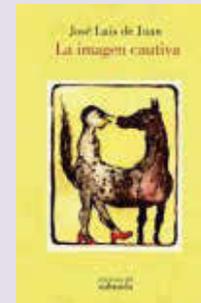
El legado de Leopoldo María

"Se ha ido el poeta ido en los idus de marzo", rezaba la necrológica de hace 10 años. Con su rostro de talibán alucinado y manso, Leopoldo María Panero cargó con el rótulo vitalicio de "loco oficial", cuando lo que padeció, en realidad, fue un exceso de lucidez sonámbula, a la vez dinamizadora y paralizante; como de una liebre con casco de minero que fuera arrastrando contra sí su foco deslumbrante. Sobre todo, a partir de la infancia abolida, conforme a su convencimiento de que "sólo en ella vivimos, y, después, se sobrevive". A finales del siglo pasado, nadie habría pensado que él sería el encargado de extinguir el clan; por más que fuese su enterrador propiciatorio, dada esa asumida condición de "póstumo en vida", y quien (huésped genuino de los manicomios más distantes: Mondragón, Ciempozuelos y Las Palmas; una larga itinerancia para un espacio tan estático), de un modo más flagrante, se ajustaba al célebre diagnóstico de Chesterton, valedero, acaso, para todo el clan familiar: "El loco no es el que ha perdido la razón, sino el que lo ha perdido todo, absolutamente todo, menos la razón". En sus últimos años, durante su continuo bagaje por la ciudad de Las Palmas —donde solía apostarse en bancos, aviado con su sempiterno cigarillo y un reguero de cervezas sin alcohol—, una vez me propinó la más incontestable definición que haya escuchado sobre el funcionamiento del poder: "La política es un complot de paranoias". Es evidente que, para él, el manicomio se hallaba extramuros de su habitación, donde nos encontramos las personas "que no hilan". También me reiteró algo que figura en sus escritos: "La asesina es mi madre". Pero era difícil sonsacarle con precisión a qué madre se refería el autor de *Contra España y otros poemas no de amor*. Indudablemente, no a su sufrida progenitora, Felicidad Blanc. Era una de sus habituales salidas de tono defensivas, una especie de turbante de histrionismo que se liaba a la cabeza para vencer su sensibilidad fagocitadora. Sobre el psiquiátrico, donde alcanzó a redactar la póstuma *Rosa enferma*, solía referir una elocuente anécdota. Hablaba de una interna, de su mismo módulo, que le había prometido a otra, de una habitación contigua, que, en cuanto muriera, le dejaría sus únicos enseres, "la manta y el transistor", y, entonces, esta última, "iba todos los días al cuarto de aquella, y le preguntaba: '¿Te has muerto ya?'". Bien mirado, ¿no es lo que han hecho siempre con los Panero los círculos académicos y los medios de comunicación?

La imagen cautiva

José Luis de Juan

Ed. del Subsuelo, 259 páginas



Dos amigos, un escritor y un pintor, hablan en un estudio-buhardilla repleto de cuadros y libros. Han vivido vidas paralelas en la isla donde nacieron, y aunque hay pocas cosas que no sepan el uno del otro, quedan aún ciertos interrogantes. De improviso, el escritor muestra al pintor, Ralf, un apunte al óleo que este le regaló mucho tiempo atrás. La pintura activa la memoria visual de ambos y toma caminos insospechados en los cuales se encuentran y a veces se separan. Sólo el lector de *La imagen cautiva* puede desentrañar aquello que se esconde en los pliegos de esa imagen antes de que se refleje en el espejo de las palabras.

Un flechazo a la luna

Emily X.R. Pan

Puck, 381 páginas



La puntería de Hunter Yee con el arco y la flecha siempre es perfecta, aunque todo lo demás en su vida va mal. Harto de que lo atormenten los errores que su familia cometió en el pasado, lo único que le impide escapar de allí es su hermano pequeño, un viento sobrenatural y una chica fascinante en su nuevo instituto. Luna Chang tiene miedo al futuro. La graduación se acerca y las expectativas de sus padres la asfixian. Pero entonces empieza a romper las normas y su vida da un giro inesperado por culpa del extraño nuevo chico de su clase, la llegada de unas luciernagas mágicas y una grieta inquietante en la ciudad...

Legado familiar

Elizabeth Acevedo

Letras de Plata, 350 páginas



Flor tiene un don: puede predecir el día que morirá alguien. Así que, cuando anuncia que quiere organizar un velatorio en vida —una fiesta que reúna a su familia y a la comunidad para celebrar la larga vida que ha tenido—, sus hermanas se sorprenden. ¿Acaso Flor ha previsto su propia muerte o la de alguien más? ¿Tendrá otros motivos? En cualquier caso, se niega a decírselo a sus hermanas, Matilde, Pastora y Camila. Sin embargo, Flor no es la única que guarda secretos: sus hermanas también tienen los suyos. Y la siguiente generación, las primas Ona y Yadi, también deberán enfrentarse a sus propios problemas.

LOS MÁS VENDIDOS

FICCIÓN

1. **Hearstopper 5. Creciendo contigo.** A. Oseman (Planeta).
2. **Tres enigmas para la Organización.** Eduardo Mendoza (Seix Barral).
3. **El hijo olvidado.** Mikel Santiago (Ediciones B).
4. **Bajo tierra seca.** César Pérez Gellida (Destino).

NO FICCIÓN

1. **Hábitos atómicos.** James Clear (Planeta).
2. **Cómo hacer que te pasen cosas...** M. Rojas (Espasa).
3. **El legado de una bruja celta.** R. M. A. Ferragud (Anaya).
4. **Almudena. Una biografía.** Ana Jarren (Lumen).
5. **La enzima prodigiosa.** H. Shinya (Aguilar).

EN GALEGO

1. **Pequena historia de Vigo.** Pedro Feijoo (Embora).
2. **Ninguén contará a verdade.** Pedro Feijoo (Xerais).
3. **Un pobo de artistas.** Xurxo Souto (Xerais).
4. **Os nenos da variola.** María Solar (Galaxia).
5. **A ferida imaxinaria.** Berta Davila (Xerais).